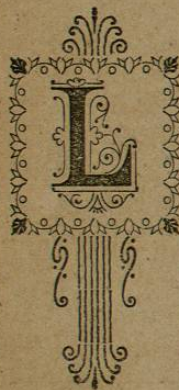


III

Salammbó



LEVANTÁBASE la luna al ras de las olas y sobre la ciudad, aun envuelta en tinieblas, brillaban puntos luminosos: la lanza de un carro en un patio, el collar de oro en el pecho de un Dios, un adorno cualquiera en los tímpanos de los templos. Las bolas de cristal de los techos de éstos resplandecían aquí y allá como gruesos diamantes. Pero en cambio; ruínas, montones de tierra negra y la verdura de los jardines semejaban á manchas oscuras más negras que las tinieblas, y más allá de Malqua, las redes de los pescadores



tendidas de una en otra casa, parecían gigantescos murciélagos desplegando sus alas. Solo se oía el ruido de las ruedas hidráulicas que subían el agua al último piso de los palacios; en el centro de las terrazas, los camellos descansaban tranquilamente con las patas replegadas bajo el vientre, á modo de avestruces. Los porteros, dormían en la calle atravesados ante las puertas; la sombra de los colosos se alargaba en las desiertas plazas; á lo lejos la humareda de un sacrificio que aun ardía se escapaba por entre las tejas de bronce y la brisa pesada, traía entremezclados con los perfumes de plantas aromáticas las emanaciones marinas, y la exhalación de las murallas que despedían en aquella hora el calor que les prestó el sol. Alrededor de Cartago resplandecían las sombras inmóviles, pues la luna alumbraba con sus rayos el golfo rodeado de montañas y el lago de Túnez, donde los fenicopteros entre los bancos de arena, formaban largas rayas rojas mientras que más allá, junto á las catacumbas la gran laguna salada relucía como un trozo de plata. La bóveda del cielo azul, se hundía en el horizonte limitada á un lado por la polvareda de las llanuras y del otro por las brumas del mar, y en la cima de la Acrópolis, los cipreses piramidales que rodeaban el templo de Eschmím se balanceaban y murmuraban como las olas que batían lentamente la playa al pie de los muros.

Salammbó subió á la terraza de su palacio sostenida por una esclava que llevaba en una fuente carbones encendidos.

En el centro de la terraza había un lecho de marfil, cubierto de pieles de linco con cogines de plumas de loro, animal fatídico consagrado á los Dioses y en los cuatro ángulos, se elevaban altos pebeteros, llenos de nardo, incienso, cinamomo y mirra. El esclavo encendió los pebeteros. Salammbó miró la estrella polar; saludó lentamente los cuatro puntos cardinales, y se arrodilló sobre el polvo de azur sembrado de estrellas de oro á imitación del fir-

mamento. Luego, con los codos pegados á los costados, los antebrazos rectos, y las manos abiertas echando atrás la cabeza bajo los rayos de la luna dijo:

—¡Oh Rabbetnal... ¡Raabet!... ¡Tanit!...—Y su voz sonaba de un modo plañidero como haciendo un llamamiento.—¡Anaitis! ¡Astarté! ¡Dercetol! ¡Astoreth! ¡Mylitta! ¡Atharal! ¡Elissal! ¡Tirathal! por los símbolos ocultos, por los sistros sonoros, por los surcos de la tierra, por el eterno silencio y por la fecundidad eterna dominadora del mar tenebroso y de las playas remotas! ¡oh! ¡reina de las cosas húmedas, salud!

Balancó el cuerpo entero durante dos ó tres veces, y luego cayó hundiéndose la frente en el polvo, con los brazos extendidos.

Su esclava la levantó rápidamente, pues era preciso según los ritos, que alguien arrancara al penitente de su prosternación. Aquello equivalía á decirle que los dioses aceptaban su súplica, y la nodriza de Salammbó cumplía siempre aquel deber piadoso.

Unos mercaderes de Tetulia la trajeron de niña á Cartago, y ni aun después de obtener su libertad, quiso abandonar á sus dueños, como lo probaba su oreja derecha atravesada por un ancho agujero. Unas sayas multicolores caían desde sus caderas hasta los tobillos, ceñidos por dos arcs de estaño. Su rostro, como aplastado, era amarillo como su túnica. Largas agujas de plata formaban un sol detrás de su cabeza. Llevaba en una de las alas de la nariz un botón de coral, y permanecía junto al lecho más erguida que un hermes y con los párpados bajos.

Salammbó se adelantó hasta el extremo de la terraza. Durante un momento, sus ojos recorrieron el horizonte y después se fijaron en la ciudad dormida, y el suspiro que lanzó, levantando los pechos hizo ondular de un extremo á otro la larga simarra blanca que pendía de su cuello sin broche ni cinturón. Sus gandalias de punta retorcida des-



aparecían bajo un montón de esmeraldas, y una redecilla de púrpura encerraba su abundante cabellera.

Levantó la cabeza para contemplar la luna y mezclando á sus palabras fragmentos de himno, murmuró:

«¡Cuán ligeramente ruedas sostenida por el eter impalpable! El movimiento que tu agitación produce, engendra los vientos y los rocios profundos. Conforme creces ó decreces, se ensanchan ó disminuyen los ojos de los gatos y las manchas de las panteras. ¡Las esposas claman tu nombre entre los horrores del parto! ¡Tú hinchas las conchas! ¡Por tí hierven los vinos! ¡Tú corrompes los cádáveres! ¡En el fondo del mar las perlas te deben la vida!

»Todos los gérmenes ¡oh, Dios! fermentan en las oscuras profundidades de la humedad. Cuando apareces se esperece una augusta soledad en la tierra; ciérranse las flores, las olas se calman, los hombres fatigados se tienden mostrándote su pecho, y el mundo con sus océanos y sus montes, se mira en tu rostro como en un espejo. Eres blanca, dulce, luminosa, inmaculada, protectora, purificadora, serenal.»

El astro se mostraba entonces sobre la montaña de las Aguas Calientes, sobre el corte que separaba sus dos cimas. Debajo de ella, fulguraba una estrella diminuta y tenía en derredor un gran círculo pálido. Salammbó añadió:

«¡Cuán terrible eres, ¡oh, dueña! ¡Tú produces los monstruos, las fantasmas aterradores! los engañosos ensueños; tus ojos devoran las piedras de los edificios y los monos enferman cada vez que te rejuveneces.

»¿A dónde vas? ¿Por qué cambias perpetuamente de forma? Tan pronto curva y recortada te deslizas por los espacios como una galera sin mástiles, como entre las estrellas pareces á un pastor que guarda su rebaño. Fúlgida y redonda, rozas la cima de los montes como la rueda de un carro,

»¡Oh! ¡Tanit! ¿me quieres, verdad? ¡Te he mirado tanto! ¡Pero no! ¡Tú corres en tus dominios de azúr, y yo permanezco sobre la tierra inmóvil! Taanach, toma su neval y púlsalo y pulsa poco á poco la cuerda de plata pues mi corazón está muy triste.»

La esclava levantó una especie de arpa de ébano más alta que ella y triangular como un delta; puso la punta en un globo de cristal y empezó á tocar con ambas manos.

Sucedíanse los sonidos sordos y precipitados como el zumbido de las abejas, y adquiriendo poco á poco mayor sonoridad, huían en alas de la noche con la queja de las olas y el estremecimiento de los grandes árboles en la cima de la Acropolis.

— ¡Cállate! — exclamó Salammbó.

— ¿Qué tienes, ama? La brisa que sopla, la nube que pasa, todo ahora te molesta y agita.

— No sé.

— Las largas oraciones te cansan.

— ¡Oh, Taanach, quisiera disolverme en ellas como una flor en el vino.

— Quizá es el aroma de los perfumes.

— ¡No! — dijo Salammbó; el espíritu de los dioses habita en los perfumes.

Entonces la esclava, le habló de su padre. Se le creía en la comarca del Ambar, más allá de las columnas de Melkarth. «Si no vuelve, le decía, será preciso que escojas un esposo entre los hijos de los Antiguos, y entonces, tus penas se dispararán en brazos de un hombre.»

— ¿Por qué? — preguntó la joven.

Todos los que hasta entonces había visto la causaban horror con sus risas de animal feroz, y sus miembros groseros.

— A veces Taanach, se exhala del fondo de mi sér como un hálito ardiente, más denso que los vapores de un volcán. Oigo voces que me llaman, un globo de fuego, rueda



y sube por mi pecho, me ahoga, voy á morir; y luego, algo suave, corriendo desde la frente hasta los pies, penetra en mi carne... es una caricia que me envuelve, y me siento aplastada como si un Dios se tendiera sobre mí. ¡Ah! quisiera diluirme en la bruma de las noches, en la linfa de las fuentes, en la savia de los árboles, abandonar mi cuerpo, no ser sino un soplo, un rayo y deslizarme, subir hasta tít! ¡Oh! ¡Madre!

Levantó sus brazos en alto sacando el pecho é irguiendo el talle, pálida y ligera como la luna. Luego, cayó sobre el lecho de marfil anhelante; pero Taanach le puso un collar de ambar con dientes de delfin para ahuyentar los terrores, y Salammbó dijo con voz casi extinta.

—Ve á buscar á Schahabarin.

Su padre no quiso que entrara en el colegio de las sacerdotisas, ni que se le diera á conocer los ritos de la Tanit popular. La reservaba para alguna alianza que pudiera servir á sus miras políticas. Así es que vivía aislada en el palacio. Su madre había muerto hacía muchos años.

Creció entre abstinencias, ayunos y purificaciones, siempre rodeada de cosas exquisitas y graves, saturado el cuerpo de perfumes y embebida en oraciones el alma. Nunca había probado el vino, ni comido carne, ni tocado bestia inmundada ni puesto los pies en la casa de un muerto. Ignoraba los simulacros obscenos, pues cada dios se manifestaba bajo formas distintas, rindiéndosele á menudo cultos contradictorios, y Salammbó adoraba á la diosa en su aspecto sideral. La influencia de la luna pesaba sobre la virgen, y cuando el astro disminuía languidecía Salammbó. Triste y débil durante el día, se reanimaba por la noche. Durante un eclipse, poco faltó para que muriera.

Pero la Rabbet, celosa se vengaba de aquella virginidad sustraída á sus sacrificios y atormentaba á Salammbó con obsesiones tanto más fuertes, cuanto más vagas eran.

La hija de Hamilcar pensaba en Tanit continuamente.

Sabía todas sus aventuras, conocía todos sus nombres que repetía como si tuvieran para ella una misma significación. A fin de desentrañar las profundidades de su dogma, quería conocer en lo más secreto del templo el antiquísimo ídolo con su manto magnífico del que dependían los destinos de Cartago, pues la idea de un dios no se comprendía con claridad de su representación, y tocar, ó hasta ver su simulacro, era arrancarle parte de su virtud, y en cierto modo dominarle.

Salammbó se volvió. Había reconocido el ruido de las campanillas de oro que Schahabarin llevaba en el extremo de su túnica. El sacerdote subió las escaleras; luego al llegar al umbral de la terraza se detuvo, cruzando los brazos.

Como lámparas sepulcrales, brillaban sus ojos hundidos, su alto y delgado cuerpo, flotaba dentro de su túnica de lino, pesada por los cascabeles que alternaban junto á sus talones con bolas de esmeralda. Tenía los miembros débiles, oblicuo el craneo, puntiaguda la barba; su piel parecía fría y su rostro amarillo, surcado de profundas arrugas, delataba una pena horrible.

Era el sacerdote de Tanit el que educara á Salammbó.

—Habla,—dijo.—¿Qué quieres?

—Esperaba... me habías casi prometido...

Balbuzeaba, se turbó. De repente dijo:

—¿Por qué me desprecias? ¿He olvidado acaso algún rito? Eres mi dueño y me has dicho que nadie como yo comprendía el culto de la diosa. Pero yo veo que guardas secretos para mí. Es verdad, ¡oh padre!

Schahabarin recordó las órdenes de Hamilcar y contestó:

—No, no te oculto nada.

—Un genio,—replicó la joven,—me impulsa á tal amor. He subido las gradas de Eschmun, dios de las plantas y de las inteligencias; he dormido bajo el olivo de oro de Melkarth, patrón de las colonias tirias; empujé las puer-



tas de Baal Khamon, dios de la luz y la fecundidad; he sacrificado á los kabyros subterráneos, á los dioses de los bosques, de los vientos, de los ríos y de las montañas, pero todos están harto lejanos, harto elevados, son harto insensibles, ¿comprendes? mientras ella, siento que se mezcla en mi vida, llena mi alma y me estreñezco por internos impulsos, como si la diosa quisiera escaparse. Parece-me que voy á oír su voz, á ver su rostro, y me deslumbran relámpagos fulgurantes, y luego vuelvo á hundirme en las tinieblas.

Callaba el sacerdote. La joven le suplicaba con la mirada.

Al cabo, hizo alejar la esclava que no era de raza cananea, y levantando un brazo en el aire, dijo:

—Antes de los dioses solamente existían las tinieblas, y un soplo pesado é indistinto como la conciencia del hombre flotaba sobre la nada. Se contrajo creando el desierto y la Nube, y del Deseo y de la Nube surgió la Materia primitiva. Era un agua fangosa, negra, helada. Encerraba monstruos insensibles, partes incoherentes, de formas que aun debían nacer, y que están pintadas en los santuarios.

Luego la materia se condensó; se convirtió en un huevo. Se rompió. La mitad formó la tierra, la otra mitad el firmamento. El sol, la luna, los vientos, las nubes, aparecieron, y al estallido del trueno despertaron los seres inteligentes. Entonces Eschmun se extendió por la estrellada esfera; Khamon resplandeció en el sol, Melkarth con sus brazos le empujó hacia Gades; los Kabyrios bajaron á los volcanes, y Rabbetna, semejante á una nodriza, se inclinó sobre el mundo vertiendo su luz como leche, y su noche como un manto.

—¿Y después?—dijo Salambó.

Después le contó el secreto de las vírgenes para distraerla de sus obsesiones; pero el deseo de la virgen des-

perió al oír las últimas palabras y Schahabarim, como cediendo, dijo:

—Suspira y gobierna los amores de los hombres.

—¡Los amores de los hombres!—repitió Salambó como entre sueños.

—Es el alma de Cartago,—continuó el sacerdote,—y aunque alienta en todas partes, aquí es donde habita bajo el velo sagrado.

—¡Padre mío!—exclamó Salambó,—la veré, ¿verdad? ¡Tú me guiarás! hace mucho tiempo que vacilaba. La curiosidad que siento me devora. Piedad, acude en mi auxilio, partamos!

El sacerdote la apartó con un gesto violento y orgulloso.

—¡Jamás! ¿no sabes que es un secreto mortal? Los Baals, hermafroditas, sólo dejan caer sus velos para nosotros solos, hombres por el espíritu, mujeres por la debilidad. Tu deseo es un sacrilegio. ¡Bástete la ciencia que posees!

Cayó de rodillas poniendo ambos dedos índices junto á sus orejas en señal de arrepentimiento. Sollozaba oyendo las palabras del sacerdote, arrebatada á la vez de cólera, de terror y de admiración. Schahabarim permanecía insensible como las piedras del edificio; la miraba temblorosa á sus pies y experimentaba una especie de alegría viéndola sufrir por su divinidad á la que él tampoco podía conocer.

Empezaban á piar los pájaros, soplaba un viento frío, y blancas nubecillas corrían por el firmamento pálido.

De repente advirtió en el horizonte detrás de Túnez, como una niebla ligera que se arrastraba sobre el suelo; después, aquello se convirtió en una cortina de polvo gris, y entre los torbellinos de aquella masa polvorienta, asomaron cabezas de dromedarios, lanzas y escudos. Era el ejército de los bárbaros que avanzaba hacia Cartago.